

cuando no lo es, apela á la falsedad, á la mentira, al sofisma, á la calumnia, para retener á sus correigionarios en el error y pervertir á los católicos. No pudiendo vencer en buena lid, hace uso de emboscadas y armas prohibidas.

Hé aquí los amaños y mala fe con que ataca á la Iglesia (1).

1.º Habla de la Biblia como si solo la poseyese y la respetase, y se gloria de hacer de ella la única regla de su fe. Los numerosos monumentos de la Iglesia universal nada significan á sus ojos. *La Biblia y nada más que la Biblia.* Mas por ventura, la Iglesia católica, ¿no tiene la Biblia, la venera y hace de ella la regla de su fe? ¿De quién sino de ella recibió la Biblia el protestantismo? ¿De quién sino de ella aprendió que la Biblia es la palabra de Dios? Cuando apareció el protestantismo, hacía diez y seis siglos que se leía la Biblia en la Iglesia católica, la cual ajustaba á ella su conducta y su fe. El protestantismo, que mutila y adultera la Biblia con el mayor descaro (2), ¿se atreve á acusar á la Iglesia católica, que la conserva y la defiende con la más escrupulosa fidelidad? Porque la Iglesia ama y respeta la Biblia, no quiere abandonarla al absurdo *espíritu privado*, como lo hace el protestantismo, que con esto la con-

Tunk, ejecutado como discípulo de Osiandro; el canciller Crell, torturado de una manera infernal y decapitado; Félix Manz, ahogado en el agua á instigación de Zuinglio; Henning Brabante, horriblemente mutilado y sentenciado á muerte á causa de un pretendido comercio con el diablo, son otros tantos testigos del protestantismo contra sí mismo. Y áun estos son solo los nombres de alguna importancia. En el solo pequeño territorio de Nuremberg, 356 personas sospechosas de herejía ó de sortilegio, fueron ejecutadas desde 1577 á 1617, y otras 345 fueron condenadas á la mutilación y al látigo. Véase Aug. Nicolás, lugar citado, pág. 338.

(1) Boone, apéndice 4.º

(2) Nadie ignora que los protestantes han rechazado libros y capítulos enteros de la Biblia, según les conviene. Son célebres las infidelidades de Lutero. No hay más que tomar una Biblia protestante y compararla con la católica, para ver quién tiene la Biblia íntegra y quién la venera.

vierte en un libro pernicioso, en un semillero de los más monstruosos errores, según enseña la experiencia.

2.º El protestantismo emplea también el sistema de ponderar la lectura de la Biblia en lengua vulgar, y acusar á la Iglesia católica de prohibir al pueblo la palabra de Dios. Esto es una pura calumnia.

Nunca la Iglesia prohibió absolutamente á los fieles la lectura de la Biblia en lengua vulgar, si bien algunas veces se vió obligada á tomar ciertas medidas de prudencia sobre este punto para evitar el peligro de que se pervirtiesen los fieles por las maquinaciones de los herejes. La Iglesia solo ha prohibido que se lean las versiones no aprobadas por ella, y esto lo ha hecho, porque los herejes han abusado siempre de la Biblia, adulterándola y corrompiéndola. Antes del protestantismo se habían hecho bajo la protección de la Iglesia versiones de la Biblia en las lenguas nativas de todos los pueblos cristianos, y esta es la mejor prueba de que no se oponía á que la Sagrada Escritura sea leída en lengua vulgar (1).

3.º Otra de las perfidias del protestantismo es citar una multitud de textos de la Biblia como contrarios á la doctrina de la Iglesia católica, y omitir aquellos que son abiertamente favorables. Hé aquí algunos ejemplos.

Contra la *tradición* en general, los protestantes citan aquellos textos que reprobaban las falsas tradiciones de los fariseos (2), como si todas las tradiciones hubieran de ser rechazadas porque haya algunas falsas; pero ellos omiten el célebre pasaje de San Pablo á los de Tesalónica: *Hermanos, estad firmes y conservad las tradiciones que aprendisteis, ó por palabra ó por carta mía* (3).

Contra la *visibilidad de la Iglesia*, citan los textos que hablan del reino *espiritual é interior* de Jesucristo, de este reino *que está dentro de nosotros ó en nuestro interior*, por

(1) Véase Perrone, tract. de *Locis Theol.*, part. 2.ª, capítulo 2.º, prop. 5.ª

(2) Math. XV, 1, 14.

(3) II Thes. II, 14.—Vid., 1.ª parte, cap. VII.

la gracia y por la caridad (1). Pero no dicen una palabra del reino visible de Jesucristo comparado, ora á una ciudad edificada sobre una montaña (2), ora á un campo y una viña (3), ora á un redil (4). Si el reino de Dios, la Iglesia, fuese invisible, ¿cómo podría cumplirse la profecía de Isaías: *Todas las gentes de la tierra correrán á Él?* (5). ¿Cómo sería culpa no escucharla, y que el que no oye á la Iglesia sea tenido como un gentil y un publicano? (6).

Contra la supremacía ó la superioridad de San Pedro y de sus sucesores los Romanos Pontífices, citan los textos que indican las virtudes que deben tener los Apóstoles y todos los superiores; virtudes de humildad y de caridad, que les hagan iguales á sus hermanos. De aquí concluyen que no hay superioridad en la Iglesia de Jesucristo, y á este propósito se fundan en aquel pasaje de San Mateo: *El que es mayor entre vosotros sea vuestro siervo: no queráis ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos* (7). Ellos tienen buen cuidado de no hablar de lo que dice San Pablo: que Dios puso en su Iglesia á unos Apóstoles, á otros Profetas, á otros Doctores, etc. (8). El mismo Apóstol llama á Jesucristo *cabeza de la Iglesia*, es decir, cabeza suprema é invisible, mas no por esto rechaza un jefe secundario y visible, sobre el cual Jesucristo ha cimentado su Iglesia, para que él apaciente sus corderos y sus ovejas, y por el cual rogó de una manera especial, á fin de que nunca falte su fe, y en todos casos él confirme á sus hermanos. San Pedro es siempre nombrado el primero (9).

(1) Luc. XVII, 20.—Joan. XVIII, 36.—Ephes. II, 19, etcétera.

(2) Math. V, 14.

(3) Math. XX, 1.

(4) Joan. X, 16.

(5) Isa. II, 2.

(6) Math. XVIII, 18.—Véase esta 2.<sup>a</sup> parte, cap. 2.<sup>o</sup> párrafo 2.<sup>o</sup>

(7) Math. XXIII, 8.

(8) I Cor. XII, 28.

(9) Véase 2.<sup>a</sup> parte, cap. VII.

Contra la abstinencia, el ayuno y las fiestas eclesiásticas, citan aquellos textos que dicen, que todo cuanto Dios ha criado es bueno, y que no es de desechar nada de lo que se participa con hacimiento de gracias (1), y que lo que hace inmundo al hombre, no es lo que entra por la boca (2). Presentan luego los textos que condenan las varias redenciones de los hombres, y que enseñan la inutilidad de las observancias legales, de los días de fiesta y de las nuevas lunas; pero confunden adrede las vanas observancias humanas y las observancias legales, que debían hacer cesar la ley de gracia, con los preceptos y las fiestas de la Iglesia católica. Sin duda todo lo que Dios ha criado es bueno, y cuando los católicos se abstienen de algunas cosas en ciertos días, no es por considerarlas malas, como hacían algunos herejes de que habla San Pablo (3), que reprobaban las bodas y el uso de las viandas como cosas malas en sí mismas; pero los católicos se abstienen porque la Iglesia les ordena esta abstinencia ó mortificación. No es lo que entra en la boca lo que mancha al hombre, sino la desobediencia á la Iglesia, que por justas razones lo prohíbe. No fué el fruto lo que manchó á Adán, sino la desobediencia á Dios. Dios impone al hombre la obligación de hacer penitencia, y la Iglesia determina el tiempo y la manera de hacerla, para que el hombre, abandonado á sí mismo, no descuide esta obligación. ¿Qué cosa más razonable? Por otra parte, los Profetas ayunaron. Ayunó el mismo Jesucristo, que además nos dice que hay ciertos demonios que no pueden ser arrojados sino por la oración y el ayuno (4); y predijo que sus Apóstoles ayunarian cuando El los hubiere dejado (5).

En favor de la tolerancia dogmática protestante, y contra la severidad de la Iglesia católica, citan aquellos pasajes en que Jesucristo recomienda la misericordia, como por

(1) I Tim. IV, 4.

(2) Math. XV, 11.

(3) I Tim. IV, 2.

(4) Marc. IX, 28.

(5) Math. IX, 15.

ejemplo: *No juzgueis y no seréis juzgados* (1), y el de San Pedro: *que Dios no es aceptador de personas, mas en cualquiera gente del que le teme y obra justicia, se agrada* (2). Los católicos admiten también estos textos, pero mejor instruidos, no sacando de ellos las mismas consecuencias. Cuando dicen que fuera de la Iglesia no hay salvación, expresan con propiedad el juicio del mismo Jesucristo, que dice que *los que no creen serán condenados* (3), y que *los que no escuchen á la Iglesia sean como gentiles y publicanos* (4). Y en otro lugar nos dice: *Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, pero en su interior son lobos rapaces* (5). Conforme á esta doctrina, nos amonesta San Pablo: *que huyamos de los herejes, despues de la primera y segunda corrección, sabiendo que el que es tal, está pervertido, y peca siendo condenado por su propio juicio* (6). Hasta el Apóstol de la caridad, San Juan, animado del espíritu de la verdad, dice con la misma energía: *Si alguno viene á vosotros y no hace profesión de esta doctrina, no lo recibais en casa, ni le saludéis, porque el que le saluda, comunica en sus malas obras* (7). Se ve, pues, que en cuanto á la fe y la doctrina, lo mismo Jesucristo que sus Apóstoles son inexorables. Un solo redil y un solo pastor, un Señor, una fe y un bautismo, y, en fin, una sola Iglesia es reconocida como el único camino verdadero que lleva á la verdad y á la vida.

Lo que acabamos de decir basta perfectamente para dar una idea exacta de la manera con que los ministros y los escritores protestantes abusan de la Biblia contra la doctrina de la Iglesia católica. Pero no debemos omitir que al emplear estos textos los escritores y ministros protestantes, no ignoran que el sentido que ellos les dan es contrario al que les ha dado la antigüedad cristiana, ó, mejor di-

- (1) Luc. VI, 37.
- (2) Act. X, 34.
- (3) Marc. XVI, 16.
- (4) Math. XVIII, 17.
- (5) Math. VII, 15.
- (6) Tit. III, 10.
- (7) II Joan. 10.

cho, la Iglesia universal en todos los siglos. Consúltense los expositores, y hasta los mismos herejes, de los cuales se puede sacar una refutación victoriosa contra los protestantes (1).

4.º Pero la mayor perfidia y la más insigne mala fe de los protestantes, es atribuir á la Iglesia católica una doctrina absurda, que ella misma condena y rechaza con horror. Ellos tienen la imprudencia de decir «que todo católico está obligado á recibir con humildad todos los delirios y aún absurdos que les dicte el Papa: que para obtener el perdón de todos los crímenes, basta con ser absuelto: que todos los crímenes de impureza se dispensan por dinero, y que se puede pagar por adelantado por los que se hayan de cometer: que el Papa manda adorar á las imágenes; que se practica la idolatría más grosera en la Iglesia romana, y que esta Iglesia tiene un verdadero Olimpo con millares de divinidades, etc., etc. Tales son las cosas que enseñan todavía los protestantes, los reformadores, los hombres evangélicos. Todos estos absurdos y otros muchos se atreven á escribir en innumerables folletos y hojas, con que han apestado á España desde la gloriosa revolución de Setiembre de 1868. Si en un país eminentemente católico se atreven á esto, ¿qué será en los países en que el pueblo los escucha dócilmente?

Esto es lo que hacen los protestantes y esta es su manera de hacer prosélitos. Solo el odio más ciego les puede hacer forjar tan groseras imposturas, y solo la perfidia extenderlas, pues no las creen los mismos que las dicen (2);

(1) Véase *Los Apologistas involuntarios*, por Merault.

(2) Stillingleet había publicado un libro titulado: *De la idolatría y del fanatismo de la Iglesia romana*. Habiéndolo leído el duque de York, preguntó á Schelden, si es una opinión recibida en la Iglesia anglicana que la de Roma sea idólatra. Schelden respondió que no, pero que los jóvenes eclesiásticos anglicanos, queriendo agradar al pueblo, empleaban esta acusación como un medio para ello. Véase *Collection des mémoires relatifs á la révolution d'Angleterre*, por M. Guizot, libro IX, tomo II, pág. 314.

Habiendo declarado el protestante Vissio que desapropa-

por lo tanto, son unos impostores, y en esta parte indignos de la estimacion de las personas honradas.

Mas, ¿qué sería el protestantismo si no luchara de esta manera tan desleal? Como lo indica su mismo nombre, se ve obligado á estar siempre en una actitud de *protesta* y de rebelion, y son consiguientes sus manifestaciones, fuera de la ley. No puede vivir sino por la violencia y la calumnia. Todo error, ó se impone brutalmente, ó se disfraza hipócritamente. El protestantismo no sabe otros medios de sostenerse y propagarse, como todas las malas causas.

#### § VI.—Victoria de la Iglesia sobre el protestantismo.

La más ilustre victoria de la Iglesia sobre el protestantismo es haber dado á conocer bien lo que es, la marcha tortuosa que ha seguido, los funestos efectos que ha causado, y los temibles peligros que envuelve. Al demostrar tan evidentemente su falsedad y absurdo, le ha aniquilado desprestigiándole, y por eso hoy no abrazará el protestantismo ninguna persona instruida, á no ser para dar rienda suelta á sus pasiones.

Ante las gravísimas perturbaciones que excitó en la Iglesia este perverso enemigo, redobló ésta la prodigiosa actividad de que Dios la ha dotado, y aunque el golpe fué tan tremendo y la sorprendió de improviso, se preparó ventajosamente para el combate, y desde los primeros momentos empezó consiguiendo gloriosos triunfos.

Pronto se organizó un poderoso ejército de incansables y decididos campeones, formado expresamente para combatir al protestantismo en todas partes: la *Compañía de Jesús*. Esta sociedad, instituida para defender hasta la muerte la doctrina y los derechos de la Iglesia católica, partiendo

ba las imputaciones que los ministros protestantes se permitían contra los católicos, recibió la respuesta siguiente: *Si nosotros dejásemos de decir que el Papa es el antecristo, el pueblo abandonaría nuestra comunión.*—Véase Flether, *Reflexion sobre el espíritu de las controversias religiosas*, pág. 129.—Boone, apéndice 4.º, pág. 211.

con ella todas sus vicisitudes y todos sus peligros, empezó desde su origen haciendo una guerra tan terrible á la reforma, y ha continuado haciéndosela sin treguas en todos los tiempos, que su solo nombre causa vértigos á los protestantes.

La Compañía de Jesús es la antítesis más completa del protestantismo, y su más declarada enemiga. El protestantismo enarbolaba la bandera de la rebeldía contra el Papa, y, por el contrario, la Compañía hacía un voto especial de obediencia á la Santa Sede, particularmente respecto á las misiones. El protestantismo llevaba la libertad hasta la licencia; la Compañía hacía profesion de sacrificar la voluntad del individuo por la sumision más perfecta á los superiores. Un gran número de Religiosos de otras órdenes habían abrazado el protestantismo para vivir á sus anchuras; pero la Compañía se distinguió siempre por la pureza y la severidad á veces excesiva de sus costumbres. El protestantismo, predicando reforma, se abandonaba á todos los excesos; la Compañía empezó realizando esa reforma, y resucitando el espíritu de los primeros siglos de la Iglesia, con tal decision y tal vigor, que no ha necesitado ser reformada en todo el tiempo de su existencia. Mientras el protestantismo ha sufrido tantas variaciones, la Compañía ha permanecido inmutable en su espíritu, cumpliendo el objeto de su institucion.

Desde su aparicion parece que reconcentró en sí misma lo más puro y elevado de la vida de la Iglesia, la ciencia de los Santos Padres y el celo de los Apóstoles. Es indecible la grandísima actividad que desplegaron los Jesuitas en contra del protestantismo. El Austria fué preservada por ellos de abrazar la nueva doctrina, así como tambien Baviera, y en la misma Alemania atajaron los progresos de la reforma; y los príncipes católicos se apresuraban á llamarlos á sus Estados, á fin de preservarlos de la defecion general. Ellos fueron en todas partes el apoyo y el baluarte del Catolicismo contra los ataques de sus enemigos; trabajando incesantemente por medio de la predicacion, de la controversia, de los catecismos, de los Sacra-

mentos, y especialmente de la educacion é instruccion de la juventud (1), y fundaron los más célebres colegios de aquella época (2). Por último, supieron introducirse en Inglaterra, á pesar de las leyes bárbaras que los proscribían, y á pesar de la severa vigilancia ejercida contra ellos y tener puesta á precio su cabeza.

La Compañía de Jesús ha sido siempre el martillo del protestantismo y de todos los errores. Ya se haya presentado en la política, ya en la ciencia, ya en las costumbres, el sistema protestante, por diversas formas que haya adoptado y diversos disfraces con que se haya cubierto, desde el fatalismo hasta el liberalismo moderno, ha sido combatido por los Jesuitas con redoblados y decisivos golpes hasta confundirle, y, lo que es más, desprestigiarle. Por eso, los protestantes, los doctrinarios y los liberales aborrecen á los Jesuitas con el odio más implacable; y si alguna vez llegan á dominar, los persiguen, los expulsan y procuran su destruccion. Cuando llega este caso, marchan tranquilos á otro país más hospitalario, exclamando con tono profético: *Gobiernos, vosotros pasaréis y yo volveré.*

II. *Concilio de Trento.*—Ante la inminencia y gravedad del peligro que amenazaba el protestantismo, se conmovió la Iglesia universal y se levantó á defender su fe. Todos

(1) Los hombres más juiciosos, dice Alzog, han reconocido siempre que el método de los Jesuitas, aliando constantemente la ciencia y la religion, y sosteniendo el espíritu por toda suerte de medios exteriores ingeniosísimos, es perfectamente propio para la instruccion de la juventud. *Historia gen. de la Iglesia*, párrafo 347.

(2) Tales son los de Friburgo, Colonia, Tréveris, Maguncia y otros muchísimos. Los Jesuitas supieron despertar el gusto á los estudios clásicos, literarios y científicos, cuya enseñanza proscribían los protestantes como una ocupacion mundana, inútil y peligrosa á la educacion religiosa, mientras que la Iglesia había aprendido por una triste experiencia cuánto había tenido que sufrir de la carencia de estos conocimientos.—Alzog, *ib.*

sentían vivamente la necesidad de un Concilio general; los mismos protestantes apelaban á él, por más que despues suscitasen mil dificultades á su celebracion, sabiendo ciertamente que de él había de salir su decisiva condenacion. Al fin, superados todos los obstáculos que oponían las guerras, las ambiciones y las pasiones, se reunió el Concilio en Trento, dando principio en 1545 y terminando en 1563. En este Concilio fueron confundidos y condenados todos los errores protestantes, y se tomaron las más sábias disposiciones para la reforma tan deseada de la Iglesia.

En aquel Concilio se reunieron los Prelados de todos los países del mundo, los teólogos y oradores más distinguidos, los embajadores de los príncipes católicos y los legados del Papa, para presidir en su nombre. Aquellos Padres, adornados de una ciencia profunda, de una erudicion vastísima, de una rara perspicacia y de gran prudencia y piedad, al mismo tiempo que del celo más vivo por la pureza de la fe, de la cual eran testigos y depositarios, iluminados por el Espíritu Santo, segun la promesa de Jesucristo, emplearon á la vez todos los medios humanos para esclarecer la verdad, sin disimular ninguna dificultad, y examinando y discutiendo maduramente todos los puntos de controversia que negaban los herejes. En este Concilio cobró nueva vida la religion católica, por tanto tiempo combatida; y la fe, desfigurada de mil modos por las sectas heréticas, tornó á brillar pura y limpia de dogmas alterados ó corrompidos. Este Concilio devolvió su desmayado vigor á la disciplina, extirpó de raíz los abusos, reanimó la vida espiritual é hizo que la Iglesia volviese á manifestarse tan fuerte, tan grande y tan pura como lo había estado en sus mejores dias.

Los principales puntos de la doctrina católica fueron definidos en este Concilio con la mayor precision y claridad. Primero se formó el cánón de los Libros Sagrados y se decretó la autoridad de la tradicion; despues se fijó la doctrina sobre el pecado original y sus efectos, sobre la justificacion del pecador, sus condiciones, su modo y la influencia de la gracia divina; pasó luégo á tratar de los

sacramentos, definiendo que son siete, instituidos por Jesucristo, y que son otros tantos medios de obtener la justicia, bien aumentándola en nosotros, bien recobrándola cuando una vez se ha perdido, extendiéndose sobre la sagrada eucaristía, el santo sacrificio de la misa y su eficacia, la penitencia, la divinidad y necesidad de la confesión; el orden, la gerarquía de los ministros eclesiásticos y la superioridad de los Obispos sobre los simples Presbíteros. Por último, explicó la importantísima doctrina sobre el matrimonio, su unidad, su indisolubilidad y los impedimentos, y que pertenece á la Iglesia el conocimiento de las causas matrimoniales. El Concilio terminó formulando con la mayor exactitud la fe de la Iglesia acerca del purgatorio, de las indulgencias, el culto de los Santos, sus imágenes y reliquias, etc.

Además se ocupó de muchas materias importantes de disciplina, para corregir los abusos y reformar las costumbres. Entre los decretos de reforma merecen especial mención los relativos á los derechos del Papa y de los Obispos, la residencia de los Clérigos, su corrección por el Ordinario, la colación de beneficios, la visita de las diócesis, las fundaciones piadosas, la celebración de sínodos, la institución de los Seminarios, y la reforma de los regulares de uno y otro sexo. Nada fué olvidado por este Concilio, que forma una de las épocas más gloriosas de la Iglesia católica, siendo el testimonio más patente de la asistencia divina que la prometió su fundador.

Por poco que examine cualquiera las sesiones de este célebre Concilio, dice Alzog, se convencerá de que jamás sínodo alguno desenvolvió ni definió con tanta prudencia más materias ni más importantes. En él se encontraron como en un terreno comun, los más opuestos extremos, se limitaron mutuamente unos á otros, y de aquí resultó el equilibrio que hacía tanta falta á la verdadera catolicidad. Los Obispos y teólogos españoles se hicieron principalmente notables por la sabiduría con que lograron conciliar las oposiciones de la teología especulativa y de la historia eclesiástica. ¿Qué asamblea vió nunca reunidos

tantos Cardenales, Obispos y teólogos distinguidos por su piedad y su profundísima ciencia? ¡Qué celo tan cabal por una verdadera reforma nos revelan los decretos de *reformatione*! ¡Qué venturosos cambios, qué progresos tan grandes en la Iglesia no se hubieran visto si se hubieran observado fielmente todos esos decretos como lo deseaban aquellos virtuosos representantes de la catolicidad!

El protestantismo, herido de muerte por el Concilio de Trento, rehusó constantemente reconocer su autoridad. Pero esta conducta, ¿no es una nueva prueba de su falsedad? ¿Quién podría suponer que la Iglesia entera, representada por sus miembros más notables, haya desconocido la verdadera enseñanza del Evangelio, y que el conocimiento de éste haya sido dado únicamente á un puñado de novadores turbulentos, y sin misión alguna legítima? Aun mirándolo solamente bajo el aspecto humano, ¿de parte de quién está la razón? El protestantismo no tenía ningún pretesto para permanecer en su rebeldía desde que vió las decisiones del Concilio y el celo con que emprendía la verdadera reforma. Pero lo que quería el protestantismo no era la forma, sino la licencia, y por eso permaneció obstinadamente en la rebeldía y en el error.

En lo sucesivo fueron siempre inútiles las diversas tentativas hechas muchas veces para atraer á los protestantes, porque éstos nunca han buscado la verdad de buena fe, y tampoco han podido convenirse entre ellos. La lucha siguió, pues, obstinada, llevando siempre el protestantismo la peor parte, y ya los apologistas católicos no tenían que esforzarse en demostrar la falsedad del protestantismo, sino en rechazar sus calumnias, y en poner de manifiesto su mala fe.

Si alguna vez ha intentado sostener una polémica seria, ha sido confundido y aniquilado por los vigorosos atletas católicos. Bossuet, con el talento y la ciencia de los antiguos Padres, confundió para siempre al protestantismo en el terreno teológico, demostrando plenamente su falsedad, sus errores y su mala fe, el crimen de su rebeldía y sus continuas variaciones, y, por último, respondió satisfacto-

riamente á todas sus objeciones (1). Balmes lo aniquiló en el terreno histórico, demostrando, contra el doctrinarismo de M. Guizot, que todos los grandes caracteres de nuestra civilización deben atribuirse directamente al Catolicismo, ya en su germen, ántes del protestantismo, ya en su desarrollo, por la acción continua de la Iglesia, después y á pesar del protestantismo, el cual no ha hecho más que desnaturalizar esta grande obra y trasformarla en lo que estamos viendo (2). Augusto Nicolás le ha dado el golpe de gracia en el terreno social, demostrando claramente que es el patrocinador de todas las malas causas, que se ha encontrado su espíritu en el fondo de todas las herejías, que todas están como él, impregnadas de panteísmo, y, por último, que lleva inevitablemente al socialismo (3).

Para que el triunfo sea más glorioso, ha habido muchos que han combatido al protestantismo con armas tomadas en sus parques. Los protestantes, deslumbrados muchas veces por el brillo de la verdad católica, no han podido ménos de rendirle tributo con frecuencia, y sin quererlo se han hecho sus apologistas contra sí mismos. No se han descuidado los teólogos católicos en hacerlo notar oportu-

(1) Bossuet, *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes. Advertencias á los protestantes. Exposición de la doctrina de la Iglesia católica en los puntos de controversia.*—Masillon, en el *Elogio del Delfín*, llamó á Bossuet «hombre de un ingenio vasto y feliz, de un candor que caracteriza siempre á las almas grandes y á los talentos de primer orden; el ornamento del Episcopado y con quien el Clero de Francia se honrará en todos los siglos; un Obispo en medio de la corte; el hombre de todos los talentos y de todas las ciencias; el doctor de todas las Iglesias; el terror de todas las sectas; el Padre del siglo XVII, y á quien no faltó sino haber nacido en los primeros siglos, para haber sido la luz de los Concilios, etc.»

(2) Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*; obra maestra que mereció ser traducida en casi todas las lenguas de Europa.

(3) Aug. Nicolás, *Del protestantismo y de todas las herejías en su relación con el socialismo.*

namente y en reunir esos testimonios que arrancaba á sus enemigos la misma fuerza de la verdad. Siempre la confesión del adversario se ha tenido por el argumento del mayor peso contra él. *A confesion de parte, absolucion de prueba* (1). «Al considerar por una parte los altos pensamientos de tantos géneos ilustres, dice Leibnitz, y por otra los lamentables errores en que los mismos han caído, he admirado muchas veces en mí mismo la providencia de Dios, que de tal modo los hace contrarios el uno al otro, que un lector juicioso puede sacar de sus escritos y formar un cuerpo verdaderamente admirable de excelentes enseñanzas, si fija principalmente la atención sobre aquellos pasajes de sus obras en que los autores están de acuerdo con la tradición de la Iglesia católica» (2).

## CAPITULO V.

### El filosofismo.

«Si no estuviera bien convencido de mi religión católica por razones directas, decía un ilustre sábio, me convencería por la ignorancia y la mala fe de sus enemigos, por el encono con que la combaten y por la conjuración que for-

(1) Tales son las obras *La apología de la Iglesia romana por los protestantes*, por Anderton.—*Apología de la religión católica, sacada de los autores protestantes modernos*, por Esslinger.—*La fe y la doctrina de la Iglesia católica probadas por el testimonio de los más sábios protestantes*, con un prefacio del Dr. Lingard.—*La reforma contra la reforma ó la vuelta á la unidad católica por el camino del protestantismo*, por Honninghaus, con una introducción de M. Andin.—Honninghaus, protestante, consultó los teólogos, los filósofos, los historiadores, los moralistas y hasta los poetas, y de todos los escritores disidentes, antiguos y modernos, formó una especie de coro en que todas las voces cantan acordes un himno á la gloria del Catolicismo en su fe, en sus dogmas, en su liturgia, en su disciplina, en sus Padres, en sus Doctores, en sus Pontífices y en sus Ordenes religiosas, etc.

(2) Leibnitz, *Pensamientos sobre la religión.*